

La casa maldita

Viajábamos una vez a través de las regiones desiertas por donde el carro triunfal de Su Majestad el Café pasara otrora empujado por el Negro, cuando las nubes, que cubrían el cielo casi por completo, comenzaron a tornarse más negras y compactas.

Señal infalible de lluvia.

— No hay duda — dije a mi compañero. — ¡Tenemos lluvia! Debemos resguardarnos en tanto antes, que el agua es de temer por estos rumbos.

Miramos a nuestro alrededor. Mis ojos se perdían sin divisar en lontananza ni una choza de paja.

— ¡Y ahora? — preguntó desorientado mi compañero, el marino Jonás, que todo lo fiaba a mi experiencia.

— Ahor... galopar. Detrás de aquel espigón hay una "fazenda" en ruinas, que aunque dicen que está maldita es el único oasis posible en esta emergencia. Es "la casa del infierno", según el decir de los labradores.

— Pues vámmonos al infierno, ya que el cielo nos amenaza — contestó Jonás espoleando a su caballo y siguiéndome por un atajo.

— ¡Tienes valor! — le grité. Mira que es una casa maldita!

— Bendigo el encontro! Hace años que trato de tropezar con una sin que me haya sido posible encontrar nada que valga la pena. ¡Cadenas que se arrastran!

— De labios de un negro viejo, que fué esclavo del difunto capitán Alejo, fundador de la "fazenda", he oido cosas estremecedoras.

— Estremecedoras para tí que a mí, bien los sabes, sólo me hacen estremecer las corrientes de aire — respondió Jonás con su flemática.

— Te creo, pero apresúrate que el diluvio no va a tardar.

Enegracióse el cielo. Fulguró un relámpago seguido de un trueno formidabla que fué a perderse a lo lejos. Las primeras gotas empezaban a caer sobre la tierra reseca.

— ¡Espolea! ¡Espolea!

En pocos minutos atravesamos el espigón, detrás del cual surgió, medio escondida entre los matorrales, la casa maldita. Las gotas de agua se habían convertido ya en una lluvia persistente cuando las hereduras de los animales chocaron contra las piedras de la explanada. Seguimos hasta un cobertizo, donde nos apeamos, sofocados, pero a salvo de la mojadura.

Y el aguacero se desencadenó furiosamente, tal como debió ser el chaparrón bíblico del diluvio universal.

Examiné nuestro refugio. Un cobertizo para carros y ganado, medio derruido. Los puntales que servían de sostén al muro estaban al descubierto; los frecuentes chubascos habían horadado el suelo.

Más allá, a poca distancia del cobertizo, se erguía la casa grande apenas perceptible a través de la cortina de agua.

La lluvia seguía cayendo. Y la tormenta despertaba ecos por los cerros del llano.

Mi amigo generalmente tan tranquilo y alegre, comenzaba a exasperarse:

— ¡Qué tiempo maldito! Ya no podré almorzar mañana en Vassouras, como quería!

nó de repente, Jonás, divisando un ranchito levantado a unos doscientos pasos de distancia.

Hacia allá nos dirigimos, y ya cerca de la casa gritamos:

— ¡Ah, de la casa!

Se abrió la puerta apareciendo un negro viejo de cabellos grises.

— Con qué alegría lo saludamos!

— ¡Viva al padre Adán!

— ¡Alabado sea Cristo! — respondió.

Era de los legítimos.

— Así sea — dije yo. La lluvia ba interrumpido nuestro viaje. El amigo Adán ha de...

— Benito, para servir a los blancos.

— El amigo Benito ha de hospedarnos por esta noche.

— En buena hora — dijo Jonás — pues tengo el estómago vacío.

El excelente negro sonrió, dejando al descubierto su blanquísima dentadura.

— Pueden apearse — respondió

EL DRY GIN
de los aristócratas
BOOTH'S
Superior y maduro

pero podrán abrirla a fuerza de hombros.

— Hace mucho que está abandonada?

— Quince años! Desde que murió el último hijo del capitán Alejo quedó así... Nido de murciélagos...

— Y por qué la abandonaron?

— Locuras de mozo. Para mí, castigo de Dios. Los hijos pagan a veces las ruindades de los padres, y el capitán Alejo. ¡Dios me perdone!, fué malo, malo, muy malo...

II

Mientras el negro hablaba, caminábamos los tres hacia la casa maldita.

Era el caserón clásico de las antiguas "fazendas" negreras. Erigíase sobre cimientos de piedra hasta la mitad; la parte superior, de madera. En donde faltaba el revoque, veíase los puntales comidos. Las ventanas y las puertas eran ojivales.

En los intersticios de la piedra amontonábanse las sabandijas, y en las sombras avebillas raquícticas. En un ángulo crecía una añosa liquera, enlazando las piedras con su terrible red tentacular.

La puerta de entrada tenía una anchísima escalera, con tramos y baranda desportillados.

Mirando aquello me sentí invadido por el pesar que siempre causa la contemplación de las ruinas, y parece que en Jonás la sensación fué idéntica pues lo vi tornarse serio y mirar tristemente a la casa, como quien recuerda algo. Había perdido el buen humor y el espíritu chancero de hacía poco. No hablaba.

— A lo hemos visto todo — dije yo. — Volvamos ahora, que no nos queda mucho tiempo.

Volvimos.

Y viendo que Jonás seguía inmóvil contemplando la casa, le grité:

— ¡Muévete poeta! ¡No contemplas tanto las ruinas! Mira que saco vacío no se pone de pie, y mañana tenemos que "tragarnos" diez leguas.

Me respondió con un gesto vafo, y se quedó en el mismo sitio, sin mover un pie.

Me alejé del meditabundo y entré en la cabaña del negro que, encendiendo la luz — un candil de aceite — fué a buscar unas raíces asadas de mandioca. Las puso sobre un tronco que hacía las veces de mesa, y dijo:

— Es todo lo que puedo ofrecerte. Esto y este trozo de ternera

INVIERNO

Algo aulla en el camino
Con afán desesperado;
Huye el rebaño asustado,
Se refugia el campesino.

Allá en el monte vecino
Los árboles ha tronchado
El invierno que ha llegado
Como puñal asesino.

En nuestro hogar, a la lumbré,
Reanudamos la costumbre
De añorar cosas de amores,

Mientras duermes a la hijita
Y por fuera el viento imita
Del ronco mar los furores.

Vicente BOVE

— Lluvia de tormenta no dura una hora — le consolé.

— Sí; pero ¿nos será posible llegar hoy a la pulperia de Alonso?

Consulté mi reloj.

— ¡Cinco y media! Es tarde. En vez de Alonso tendremos que quedarnos con Alejo. Y dormir con las brujas y con el alma del capitán infernal.

— Gracias a eso — filosofó el impenitente Jonás. — Por lo menos, tendremos algo que contar mañana.

El temporal duró media hora: luego, los relámpagos fueron espiñándose y los truenos tabletearon muy lejos de allí. A pesar de la proximidad de la noche, disponímos todavía de una hora de luz para explorar el terreno.

— Ha de vivir cerca de aquí algún negro — dije yo. — No existe "fazenda" abandonada sin ningún esclavo viejo.

— Cabalgamos de nuevo y nos pusimos a recorrer los contornos.

— ¡Acertaste, amigo! — exclamó

— Casa de pobre, pero de buen corazón. En cuanto a comer, comidita de negro viejo ya saben...

Nos apeamos alegremente.

Desarreámos las bestias y después de soltarlas, penetraron en la casita, que era demasiado pequeña para albergar a los tres.

— Amigo Benito, aquí no cabeamos tantos. Lo mejor será acomodarnos en la casa grande, qué esto no es casa de bicho viviente, es nido de...

— Los blancos quieren dormir en la casa maldita? — exclamó asombrado el negro. — No se lo acusejo, no. Ya hizo alguien eso; pero luego se arrepintió...

— Nosotros también nos arrepentiremos, pero mañana, después de haber dormido.

Y como él negro abriese la boca para insistir, Jonás agregó:

— Tú no sabes lo que es valor, Benito! ¡Está abierta la casa!

— La puerta del medio está cerrada y los goznes quemados,